

Narrativa cubana de los noventa

Amir Valle Ojeda
Narrador y ensayista cubano

Una anécdota de los campesinos cubanos cuenta que una mañana el Diablo se propuso encontrar un sitio bien distinto al paraíso, donde nada hubiera de placidez, silencio, cordura. Echó a caminar por todos los mundos posibles e imposibles para la mente humana y un día encontró el lugar que pensó adecuado. La algarabía era tan fuerte, las nubes de humo y polvo eran tan altas y las personas eran tan locas, que estuvo francamente convencido de que aquélla no era tierra de Dios. Simplemente podía considerarse como un infierno en la tierra. Tocó al inmenso portón que daba paso a aquellos dominios y Dios le abrió la puerta. Dios está en todas partes, es la moraleja. Ésa es la propuesta de este apretado comentario sobre la narrativa cubana: abrir ciertas puertas de un país insólito y hermoso que dejen ver el camino de su palabra convertida en historias, en cuentos, en el mismísimo instante del fin de siglo.

El cuento. Los cuentistas

Una de las características que diferencian a la Narrativa Cubana de la Revolución de la escrita por otras promociones anteriores a 1959 es la existencia de importantes núcleos de narradores en distintas provincias del país. Si en el florecimiento de la cuentística cubana de principios de siglo y en la llamada narrativa de los cincuenta, por ejemplo, podía definirse claramente un agrupamiento de autores en la capital y figuras aisladas en el resto del país, en la cuentística del período revolucionario, junto al gran número de escritores residentes en Ciudad de La Habana (por excelencia, el centro literario de la isla), surgen otros narradores que hacen menos monolítica y metropolitana la incursión en el género.

Los núcleos de mayor desarrollo en el cultivo del cuento se encuentran, además del grupo capitalino, y con ciertos ascensos y descensos en su carácter fenoménico, en el

Una de las características que diferencian a la Narrativa Cubana de la Revolución de la escrita por otras promociones anteriores a 1959 es la existencia de importantes núcleos de narradores en distintas provincias del país.

oriente (Santiago de Cuba y Holguín, esencialmente), el centro (Sancti Spíritus, Santa Clara y Cienfuegos) y Pinar del Río, aunque en otras regiones existan también escritores con una obra destacada.

Ese fenómeno es aún más marcado en la cuentística cubana escrita en las dos últimas décadas del siglo XX, caracterizada por una confluencia generacional (coexisten narradores pertenecientes a los años comprendidos entre la década de los cuarenta y la de los noventa) en un momento en que la creación alcanza niveles de calidad muy considerables en todas las promociones existentes, hecho que ha sido señalado por el crítico y narrador Francisco López Sacha como la vuelta del péndulo, ahora en un punto bien alto de su camino.

El período de oro de la narrativa cubana

Denominado así por el crítico cubano Ambrosio Fornet, este período, que va desde el triunfo de la Revolución hasta 1972, abrió las primeras vías para el reconocimiento internacional de las letras cubanas. En este lapso se dieron la mano en los escenarios literarios cubanos autores como José Lezama Lima, Alejo Carpentier, Onelio Jorge Cardoso y Lino Novás Calvo (que ya gozaban de un sólido prestigio desde la época prerrevolucionaria) con jóvenes narradores que empezaban a consolidar su obra en esos primeros años, como Guillermo Cabrera Infante, Antonio Benítez Rojo, Eduardo Heras León, Jesús Díaz, Norberto Fuentes, Reinaldo Arenas, Manuel Cofiño y José Soler Puig, entre otros destacados nombres. Libros como *Tres tristes tigres* de Cabrera Infante, *Celestino antes del alba* de Reinaldo Arenas, *El escudo de hojas secas* de Benítez Rojo, *Los pasos en la hierba* de Heras León, *Los años duros* de Jesús Díaz, *Condenados de Condado* de Norberto Fuentes, *Paradiso* de Lezama Lima, *El pan dormido* de José Soler Puig y *El siglo de las luces* de Carpentier, por sólo citar algunos, hoy constituyen clásicos de

•

Los núcleos de mayor desarrollo en el cultivo del cuento se encuentran, además del grupo capitalino, y con ciertos ascensos y descensos en su carácter fenoménico, en el oriente (Santiago de Cuba y Holguín, esencialmente), el centro (Sancti Spíritus, Santa Clara y Cienfuegos) y Pinar del Río, aunque en otras regiones existan también escritores con una obra destacada.

•

la literatura cubana de todos los tiempos y demuestran la madurez literaria y la proyección universal alcanzadas por nuestras letras en un momento en que la literatura latinoamericana experimentaba un auge similar.

El período gris

Las influencias literarias mal asimiladas de lo peor del realismo socialista, la politización de la cultura cubana hasta niveles que propiciaron el esquematismo, y la creación de “modelos literarios permitidos” por la lucha ideológica del momento (fenómenos hoy

reconocido por las autoridades culturales y políticas cubanas), entre otras muchas causas generalmente de origen no cultural, convirtieron a los años que transcurren entre 1972 y 1980, aproximadamente, en una etapa estéril en la que sólo siguieron destacándose algunos nombres surgidos antes de la Revolución y en la época dorada ya mencionada. En este período sobresalen Dora Alonso, Onelio Jorge Cardoso, Reynaldo González y José Soler Puig, y surgen algunos nombres nuevos entre cuyas obras la crítica destaca la escasa producción (interrumpida por la muerte a los 30 años) de Rafael Soler (hijo de Soler Puig), con dos colecciones de cuentos imprescindibles para la historia de la narrativa de la Revolución: *Noche de fósforos* y *Campamento de artillería*.

- Esas dos promociones: la de los ochenta (que comienza a fines de los setenta y se consolida en esa década) y la de los noventa (que arranca a mediados de los ochenta y madura en la década de los noventa), junto a una nueva hornada de muy jóvenes narradores (entre 18 y 21 años) caracterizan y enriquecen el panorama de la narrativa cubana actual.

El despegue del péndulo

El narrador y crítico cubano Francisco López Sacha denomina así al período que se inicia con la década de los ochenta y que aún no termina. El desarrollo acelerado de dos movimientos narrativos diferenciados y sólidos y su confluencia generacional con las otras promociones ya mencionadas han propiciado el logro de numerosos e importantes reconocimientos internacionales (la mayoría de los narradores cubanos residentes en el exterior de la isla con premios internacionales ya tenían una obra sólida en el momento de su salida del país) que han situado a la literatura cubana de fin de siglo entre las primeras de habla hispana en todo el mundo.

Esas dos promociones: la de los ochenta (que comienza a fines de los setenta y se consolida en esa década) y la de los noventa (que arranca a mediados de los ochenta y madura en la década de los noventa), junto a una nueva hornada de muy jóvenes narradores (entre 18 y 21 años) caracterizan y enriquecen el panorama de la narrativa cubana actual. De ahí que el despegue del péndulo sea una realidad y que, una vez llegado a la cima, no haya querido descender.

Si se quiere tener un acercamiento real a lo que sucede hoy en este campo en la isla, debe buscarse de la promoción de los ochenta (y ojalá disculpen los posibles olvidos) *El jardín de las flores silvestres* de Miguel Mejides, *Un tema para el griego* de Jorge Luis Hernández, *El cumpleaños del fuego* de Sacha, *Donjuanes* de Reinaldo Montero, *Habanecer* de Luis Manuel García, *Casas del Vedado* de María Elena Llana, *Las llamas en el cielo* de Félix Luis Viera, *Un rey en el jardín* de Senel Paz y *Tuyo es el reino* de Abilio Estévez, o la tetralogía de tema socio-policial de Leonardo Padura que incluye los títulos *Paisaje de otoño*, *Vientos de cuaresma*, *Pasado perfecto* y *Máscaras*, y, más recientemente, la exquisita obra *La novela de mi vida*. De los narradores de los noventa (una

.....

La llegada de los últimos años de la década (1987) inclinaría la balanza hacia la cuentística escrita en la capital, fundamentalmente con la aparición de otro importante grupo de narradores que lograron casi de golpe la condición de fenómeno literario a partir de otras propuestas temáticas y formales de impacto.

lista bastante amplia) son importantes *Matarile* de Guillermo Vidal, *Señor de esperas* de José Mariano Torralbas, *El muro de las lamentaciones* de Alberto Garrido, *María Virginia se va de vacaciones* de Gumersindo Pacheco, *Prisionero en el círculo del horizonte* de Jorge Luis Arzola, *Cuentos para adúlteros* de Jesús David Curbelo, *Sueño de un día de verano* de Ángel Santiesteban, *El derecho al pataleo de los ahorcados* de Ronaldo Menéndez, *Manuscritos del muerto* de Amir Valle, *La hora fantasma de cada cual* de Raúl Aguiar, *El pájaro: pincel y tinta china* de Ena Lucía Portela (autora galardonada con el Premio de Cuento Juan Rulfo en 2000), *La noche del siguiente día* de Sergio Cevedo, *Blasfemia del escriba* de Alberto Guerra, *Mínimal son* de Ana Luz García, *Cuentos fríos* de Pedro de Jesús López y *Cañón de retrocarga* de Alejandro Álvarez, por citar sólo los más mencionados por la crítica nacional.

También de los más jóvenes narradores, nacidos esencialmente a partir de 1974, o que alcanzan el pleno reconocimiento de su obra después de 1994, hay que destacar los libros *Bad painting* y *Noche de ronda* de Ana Lidia Vega Serova, *Paisaje de arcilla* de Alejandro Aguilar, *Último viaje con Adriana* de Rafael de

Aguila, *El perdón o la agonía de la vida* de Vladimir Bermúdez y *La demora* de Waldo Pérez Cino.

Los Novísimos o la Promoción del 90

Para ser justos, habría que añadir a los comentarios anteriores algo de historia y decir que, como ya se ha señalado en numerosas ocasiones, fue a principios de la década de los ochenta (1981-1983) cuando comenzó a resurgir con fuerza la narrativa cubana actual, añadiendo que su entrada a la vida literaria se produjo en un momento en que dos fenómenos interesantes marcaban el quehacer literario nacional: primero, la crítica arremetía contra el recién fallecido y entonces aún no superado período gris, que en esos primeros años de los ochenta y hasta 1988 aproximadamente todavía se materializaba en un sinflictivismo de la cuentística nacional, sobre todo en obras de autores de la promoción de los ochenta, según lo hacían constar los análisis esgrimidos en varios eventos nacionales de narrativa y crítica; y segundo, comenzaba a evidenciarse con cierta fuerza un nuevo modo narrativo que caracterizaría a los propios narradores de los ochenta, especialmente notorio en los libros

de Senel Paz, Abel Prieto y Miguel Mejides, así como en las antologías de cuentos de Sacha, Luis Manuel, Reinaldo Montero, Arturo Arango y Leonardo Padura, entre otros.

La promoción más amplia en esta narrativa que podríamos llamar de fin de siglo es, sin duda, la de los narradores de los noventa, a los que la crítica ha denominado “Novísimos”. Ya se ha reconocido que el protagonismo nacional inicial de la cuentística joven en esta promoción correspondió precisamente a escritores de Santiago de Cuba (José Mariano Torralbas, Alberto Garrido, Amir Valle), Guantánamo (Ana Luz García Calzada), Holguín (Roger Daniel Vilar), Las Tunas (Guillermo Vidal), Camagüey (Jesús David Curbelo, Gertrudis Ortiz), Sancti Spíritus (Gumersindo Pacheco), Ciego de Ávila (Jorge Luis Arzola), Pinar del Río (Alfredo Galiano, Jorge Félix, Andrés Jorge) y, en menor cuantía, La Habana (Roberto Rodríguez Lastre, Alberto Rodríguez Tosca).

La llegada de los últimos años de la década (1987) inclinaría la balanza hacia la cuentística escrita en la capital, fundamentalmente con la aparición de otro importante grupo de narradores que lograron casi de golpe la condición de fenómeno literario a partir de otras propuestas temáticas y formales de impacto: los *frikis* o *rockeros* (Sergio Cevedo, Ricardo Arrieta, José Miguel Sánchez, Ronaldo Menéndez, Raúl Aguiar, Karla Suárez y Verónica Pérez Kónina, reunidos en el grupo literario “El Establo”).

Estos grupos son los que abren la década de los noventa con una irrupción cuentística sin precedentes en la narrativa de la Revolución, a pesar de que la mayor parte de esas obras no resultarían publicadas por la realidad terrible del “período especial”.

Luego, a principios de los noventa, surge en La Habana el grupo literario “Diáspora”, que comienza a hacerse notar por sus propuestas en los planos temáticos, formales, estructurales y éticos, con logros de indiscutible calidad, especialmente en la obra de Rolando Sánchez Mejías y en los cuentos de algunos de sus miembros.

Los años finales de los noventa han sumado nuevos nombres a esa realidad nacional del cuento a la que nos hemos referido. Citando a los jóvenes más destacados de algunas provincias podríamos mencionar a Héctor Prieto, Yomar González y Gleyvis Coro (Pinar del Río); Édgar London, Aymara Aymerich, Ana Lidia Vega y Susana Haug (Ciudad de La Habana); Pedro Luis Rodríguez (Sancti Spíritus); Carlos A. Pérez Triana (Matanzas); Vasily Mendoza (Ciego de Avila); Juan Manuel Maestre (Las Tunas); Katia Gutiérrez (Guantánamo); Rubén Wong y Alicia Venero (Santiago de Cuba); Michael Hernández (Holguín); Rafael Vilches, Delis Gamboa y Manuel Navea (Granma), y Nelton Pérez (Isla de la Juventud).

Conclusión

Siempre habrá un paisaje que mirar más allá de la ventana. Siempre habrá colores, luces y sombras. Siempre habrá palabras para contar historias, cuentos. Quizás conferencias como ésta puedan ayudar a difundir ese amplio fenómeno que es hoy la narrativa cubana. Ojalá otras personas en este mundo de fin de siglo se atrevan a abrir, con sus propias manos y buscando conocer (y conocernos), como lo hizo Dios, ciertas ventanas, ciertas puertas que aún por ahí permanecen cerradas.

La Habana, 2001.

hojas Universitarias.....